Tomo XIV

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 12

San José, Costa Rica **1927** Sábado 26 de Marzo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Fragmentos memorables

=*De* **América.** Nuestras Naciones ante los Estados Unidos. —*El Mensaje que dice:* **Tomad posesión de la vida y otros acentos de dignidad, de coraje, de salud y de fuerza.**—*Para los horizontes de América desde Buenos Aires, ciudad fuerte.—Por* Arturo Capdevila.—*M. Gleizer - Editor.—Triunvirato, 537.—Buenos Aires. 1926.*

En este libro encendido, el gran poeta argentino habla a nuestra América con alientos y acento proféticos de un nuevo Martí. Que los jóvenes preocupados salgan en busca de este Mensaje oportuno, preñado de estupendas incitaciones.=

¿Quién vive? La Patria.—

—¿Quién vive?

—La Patria.

Pero no haremos nada con gente todavía borracha de caos. No son otros, sino estos borrachos, los que en nombre de una vaga humanidad niegan a la patria en América, desguarneciéndola de las fuerzas del patriotismo: su única defensa y amparo. Paralelamente, no es mal negocio viajar a Washington a hipotecar cuando no a vender soberanía nacional a cambio de los sucios dólares de un empréstito. He oído decir esta sabiduría: «Compran patrias los Estados Unidos y es infamante que lo hagan. Pero sólo se compra lo que se vende».

Sólo se compra lo que se vende y sólo se vende lo que tiene precio en la feria. Mas para una patria debidamente elevada a la dignidad de un culto, no hay precio de venta. Está sobre todos los precios, porque es toda la razón de vivir. Pues bien: sólo el culto de la patria puede salvar a América.

* * *

—¿Quién vive?

—¡La Patria!

De Babilonia a Ecbatana corre un camino que atraviesa desnudas y ásperas montañas. Allí hay desde el principio de las edades, una roca lisa y vertical, puesta por la naturaleza a modo de página de piedra. Es la famosa roca de Behistún. No fué otra la que eligió el rey Darío para hacer grabar, entre figuras de relieve, inscripciones que eternizan su gloria.

De igual manera, todo pueblo capaz de dignidad histórica tiene, abierto entre montañas, arduo camino que le tocó seguir. Fué pasando entre misteriosos peligros. Su tránsito se llamó proeza, todo entero. A veces el viento de la historia sopló lúgubremente. A veces las encrucijadas se volvieron apostaderos de bandidos sin ley.

En compensación, cada camino de estos tiene también su roca de Behistún, puesta por página de piedra, desde el principio de las edades. Hay que llegar hasta ella y escribir en su dureza el estatuto de una mejor justicia. No conocen otra gloria los tiempos nuevos cuya cuesta va repechando el hombre. Justicia nueva, pero palabras viejas. ¿Cuáles? Las de un grande amor:

—¿Quién vive?

—La Patria.

* * *

Debieron prestar en efecto un juramento supremo todas las naciones de América, alineadas como en escuadrones a lo largo del continente: el juramento del patriotismo alerta. Lo tomaron acaso las sombras de los mayores héroes. Y el compromiso debió ser simple, lacónico, libre de toda retórica: una sola pregunta y una sola respuesta.

—Ciudadanos de la República Argentina, ¿quién vive?

—La Patria.

—Ciudadanos de Bolivia, del Brasil, de Chile, del Uruguay, ¿quién vive?

—La Patria.

—Ciudadanos del Ecuador, del Perú, del Paraguay, ¿quién vive?

—La Patria.

—Ciudadanos de Venezuela, de Colombia, ¿quién vive?

—La Patria.

—Ciudadanos de Cuba, de Panamá, de Santo Domingo, de Haití, ¿quién vive?

—La Patria.

—Ciudadanos de San Salvador, de Guatemala, de Costa Rica, de Nicaragua, de Honduras, ¿quién vive?

—La Patria.

—Ciudadanos de Méjico, ¿quién vive?

—La Patria.

Así debió verse, como a la luz de una verdad relampagueada sobre el haz de los tiempos, que ni entonces ni nunca jamás habría sitio en nuestra América para el imperialismo de los Estados Unidos ni para otro imperialismo alguno; y que ni todo el hierro de la tierra serviría ya para esclavizar a un solo hombre, ni todo el oro de un empréstito de Wall Street para comprar una sola conciencia. Porque los pueblos de América habían contestado, desde lo hondo de su voluntad de vivir, al *¿quién vive?, la Patria.*

Ese joven que ahora estudia en los Estados Unidos...—Pero cuidémonos y que se cuiden nuestras patrias en la persona de ese joven que ahora estudia en los Estados Unidos. Ese joven será mañana un dirigente en su país. Ahora su patria le costea una beca en Harward, en Itaca, en Filadelfia. Es necesario que esa patria no salga perdiendo con su dinero un ciudadano.

* * *

En cambio, siendo fieles a vuestros países ¡cuánto bien no podéis hacer, muchachos de nuestra América, estudiantes de Filadelfia, de Itaca, de Austin, a vuestro regreso y antes de él! Es necesario que en cada uno de vosotros aprenda el yanqui a respetar a nuestras patrias. Es necesario que no os consideren como a futuros agentes de su ambición. Es necesario que cada uno de vosotros se comporte a cada instante como el ciudadano de una tierra libre y digna. Es necesario que en todo momento

se vea que no sois los hijos de una colonia unidense. No troquéis nunca por cosa ninguna el culto de la patria. Hay sobornos involuntarios e inconscientes. No os dejéis sobornar ni por los hombres ni por las cosas. Admirad pero no os esclavicéis. Estad solamente alertas al porvenir de vuestras naciones. Cuidado con los banqueros y con los amigos de los banqueros. Cuidado con sus hijos, los banqueros de mañana. No salgáis mañana firmando también vosotros un empréstito. Capitales, sí; empréstitos, no: ésta será la norma. Capitales honorables que se radiquen y afinquen (¹). Empréstitos no. Es una infamia cargar de deudas a las generaciones venideras y todavía comprometer su independencia nacional. Leed a George. La tierra sola proveerá para toda la deseada grandeza, donde quiera que se respete el orden natural de los bienes.

¡Qué miserable vuestra estada en la Unión, si de regreso no traéis nada más que peligros para vuestras naciones! Mejor que os trague el mar, a la vuelta; francamente. Pero cien mil cosas excelentes aprenderíais en los Estados Unidos, si tuviéseis ojos sagaces y oídos ansiosos. Así, un malogrado argentino, Bernardo Ordóñez, que estuvo un año en la Unión, trajo de su viaje la idea georgista y la sembró en su Córdoba natal con palabra fervorosa. Gracias a él supe yo desde temprano estas cosas vitales del georgismo de que hablaremos después, y en esta página se lo agradezco. Una idea, un procedimiento, un método están siempre vibrando en aquellos ambientes. Las vidas allí ofrecen ejemplos altísimos. A Ezra Cornell, el fundador de Itaca, se le oyó decir hasta el día de su muerte: «Estoy tratando de reunir otro millón de dólares para el fondo de la Universidad». Hay cien mil ejemplos como éste. Todo se fía en nuestros países al gobierno. Al más ágil gobierno se anticipa en los Estados Unidos el individuo. Ezra Cornell, precisamente era miembro del Senado cuando inició su grande obra de Itaca, ¿Presentó acaso un proyecto de ley, creando a expensas de la nación la universidad que quería? Era senador pero no lo hizo. «Aquí están—le dijo al gobierno—para empezar a fundar la universidad que deseo, un medio millón de dólares y doscientos acres de tierra fértil». Si estudiáis en Itaca no olvidéis otros bellos ejemplos. Hiram Sibley, que da su nombre al Colegio de Ingeniería Mecánica, lo dotó con ciento ochenta mil dólares. ¿Sabéis quién era? Un banquero de Rochester. ¿Creéis que su hijo le puso pleito? Su hijo completó el legado con ciento treinta mil dólares más. ¿Y Williams Sage? A él se le debe la Biblioteca, ¿Y Willard Fiske? Dió medio millón para libros. Estad atentos a los ejemplos, en los Estados Unidos.

* * *

¿Qué más? Veréis pasar huracanes de fuerza delante de vosotros. No os dejéis arrollar ni sobrecoger. No habéis ido para eso, sino para aprender cómo se engendra un huracán semejante. Tenéis que sentiros capaces de engendrar fuerzas equivalentes.

Y conste que no haréis nada de esto como si os sintierais los naturales enemigos de los Estados Unidos. Somos más bien sus naturales amigos. El principio de enemistad partió de ellos, no de nosotros. Si nos pierden como amigos, de ellos será la culpa.

¿Entonces? Entonces, ¿cómo os comportaréis finalmente? ¿Como el que teme? ¿Como el que odia? ¿Como el que acecha? No. Como el que teme, no; como el que odia, no; como el que acecha, no; sino como quien se respeta y se hace respetar; como quien se honra a sí mismo; *como quien se honra a sí mismo en nombre de su pueblo y de su patria*, y está seguro de su destino vencedor.

Capitales, sí; empréstitos, no.—...Conviene averiguar si todo ha sido culpa de los Estados Unidos. Conviene averiguar si la desidia, las guerras civiles, la anarquía, el feudalismo, la incomunicación, la despoblación o la mala población que es todo un mismo desamparo, el clericalismo, las oligarquías militares, la rapacidad fiscal y el centralismo feroz no fueron algunas de las muchas causas coadyuvantes. Poco respetuosos han sido con la América latina los Estados Unidos. Es cierto. Pero cuán cierto es también que no se respeta sino lo respetable.

Y si la rueda del empréstito no cesa de girar, y si la deuda pública no acaba de crecer, y si de hora en hora es más intranquilizador el horizonte, y si la tierra de nuestra América más y más se hipoteca a los banqueros de Wall Street, no es culpa de ellos si vienen, pues vienen porque los llaman, sino de quienes los llaman a sabiendas del funesto riesgo, y les pignoran las patrias o les dan con sus aduanas el zaguán en prenda; grotescos gobernantes o sin honra o sin ideas; cofraduchos del empréstito que otra palabra no saben ni conocen otro arbitrio. Fueran algo más que politicastros indignos y sabrían que se debe vivir del propio dinero. Fueran algo más que sensuales sátrapas y sabrían que el hambre es preferible a la esclavitud. En la Argentina corrió en un tiempo este mandato precioso: *Economizaremos sobre el hambre y la sed.* ¡Y se cumplía!

* * *

...Serán otros tiempos. La peregrinación a Nueva York en busca del eterno consabido empréstito se confinará en la zona de los malos recuerdos. El georgismo habrá hecho incluso ese bien. La tierra será la fuente segura de honestos y suficientes recursos. Pero vayamos abandonando desde ahora este sucio vocablo *empréstito* al descaro de los bribones o a la estulticia de los menguados. Persona que se aprecia en América no volverá siquiera a pronunciarlo más. Ved aquí un lema claro en estas cosas del oro extranjero: Capitales, sí; empréstitos, no.

Empréstitos, no; salvo que se tratare de un expediente de estos dos: contratar uno nuevo a tipo menor y sin exceder el monto del que se adeuda; o buscarlos en Europa siquiera fuera al mismo tipo, si ha de ser por cancelar los del Wall Street. Es buen consejo y lo recojo: Cuidado con los Estados Unidos. Con sus banqueros, nada; y aun con sus capitalistas, la mayor precaución. El dólar casi siempre esclaviza. Con él nos hipotecamos a los yanquis; con él nos suicidamos sin remedio. La absorción económica y la dominación política son dos cosas idénticas para los reyes del dólar. Y no se diga que les quedamos lejos. ¡Tenemos petróleo en Comodoro Rivadavia! Y el petróleo acerca pavorosamente las distancias. ¿Que no? Tres presidentes argentinos han probado hasta el día las seducciones del americano del Norte; siendo el último el presidente Irigoyen a quien correspondió la honra de desbaratar una combinada ofensiva de amigos, capitalistas y políticos influyentes. ¡Tenga siempre la República, presidentes que defiendan en las fuentes de su petróleo la soberanía nacional y lo poco que resta de la dignidad de América!

ARTURO CAPDEVILA

(1) Advertencia de *Nosotros*, el gran mensuario argentino:
«Esta cláusula no está clara y se presta a ser mal interpretada como propuesta de vender propiedad territorial a extranjeros que se instalen y nacionalicen, a la errónea manera mejicana, pues la norma correcta, que tiene en vista el autor, es no dar *propiedad* de tierras ni a extranjeros ni a nativos, aun cuando debe quedar libre la propiedad de edificios y demás obras. La palabra *finca* y sus derivados engloban inconvenientemente ambas cosas».

La reacción salvadora de la ciudadanía

Palabras escritas para Colombia y aplicables a Costa Rica en estos días de trajines electorales a la antigua usanza

...Los propagandistas de candidaturas que van por barrios y aldeas predicando los servicios del doctor o del general «a la causa de sus convicciones» y reclaman enseguida el voto para su héroe, no logran mover a las masas en un sentido sufragista, no pueden romper el gran sentimiento de desdén por la politiquería, cuajado en el alma popular. El pueblo no responde a una farsa que conoce y desprecia. Eso no es indiferencia social. Es lógica, es instinto, es protesta de las masas. Pero cuando la llamada es noble y grande, cuando no se invita a la opinión pública a asegurar las dietas de un cacique sino a mirar los problemas de la nacionalidad y a prepararse para un ascenso vigoroso de la patria, cuando no habla un candidato sino un pensador, el criterio nacional se despierta, los cuadros de la ciudadanía registran fecunda inquietud, las gentes escuchan y analizan, en el ambiente social germina un principio de acción y el pueblo formula un gesto de combate.

Si en vez de voces aisladas, fuera un llamamiento sistemático, organizado, constante, el que se hiciera por todos los que tengan autoridad para hacerlo, la reacción salvadora de la ciudadanía no sería un simple funcionamiento sino una vasta y poderosa campaña de fuerza incontenible. Que hagan simultánea y uniformemente en todas las grandes ciudades del país los hombres prestigiosos lo que está haciendo en Bogotá López de Mesa, que se organice una cruzada de animación, de aguijonamiento nacional, que se expongan en público, de viva voz, los problemas del país y se propongan las soluciones, y se verá, seguramente, que el pueblo colombiano concurre a la cita.

Es una campaña necesaria, que tiene abiertos todos los caminos para la victoria. Sería un grave error darle como base y fundamento abstrusas y vagas filosofías, enormes programas de total transformación, proyectos que requieren siglos para su realización. Otra cosa es la que debe hacerse. Están a la vista los grandes males del país, y no son tampoco un misterio ciertos remedios concretos, claros, precisos, que pueden obtenerse con un poco de voluntad. Lo urgente, lo indicado—como lo ha dicho López de Mesa—es formar un programa de acción inmediata, para realizarlo en cuatro, seis u ocho años; planear un conjunto de reformas posibles, que vayan a modificar pronta y completamente ciertas situaciones peligrosas o perjudiciales, y a asegurar el progreso, la libertad y la realidad de la democracia en Colombia.

Que se constituya ese breve programa de acción, y se formen en todo el país núcleos de ciudadanos que procuren asegurar para él un apoyo efectivo de la opinión pública, capaz de imponerlo. Eso es lo que hace falta: estamos viendo que la opinión está lista, y falta sólo un impulso, pero un impulso sostenido y tenaz. El suelo está admirablemente preparado para la siembra, y la semilla está pronta: unos cuantos sembradores activos, desinteresados, constantes, asegurarían a la república la más espléndida cosecha.

(*El Tiempo*. Bogotá)

Gracias, colega

Palabras de Barceló y comentarios de Llaverías reproducidos por REPERTORIO AMERICANO

El gran semanario de cultura hispánica Repertorio Americano, que se edita en San José de Costa Rica bajo la dirección de nuestro eminente compañero y fervoroso hispanófilo J. García Monge, reproduce de *La Democracia*, bajo el título de *Palabras ejemplares y oportunas para Costa Rica*, un párrafo de la entrevista concedida a *Listín Diario* por nuestro ilustre señor Barceló, que dice así:

Nuestra isla es pequeña y densamente poblada. La vuestra es como cinco veces mayor y con sólo las dos terceras partes de nuestra población. Vuestro campesino tiene de sobra la tierra que necesita para vivir y trabajar, y el nuestro tiene que vivir a expensas de un mísero jornal que le impone su patrono y que no le alcanza para cubrir las más perentorias necesidades de su vida, porque la mayor parte de la tierra puertorriqueña está ya acaparada por las corporaciones, y porque el arancel, que protege a éstas en el valor de sus productos, encarece a la vez el alimento y el vestido del trabajador, reduciendo aún más el mísero jornal que gana.

Antonio R. Barceló
Presidente del Senado Insular
(Puerto Rico)»;

y los comentarios que hace a estas palabras el culto dominicano y brillante escritor don Federico Llaverías, y que conocen ya aquellos de nuestros lectores que leyeron la carta que le dirigiera este último al ilustre Jefe de la «Unión de Puerto Rico».

Como podrá inferirse por la reproducción que hace el Repertorio Americano de las palabras del señor Barceló y de los comentarios de Llaverías, el problema a que se refiere el primero en sus declaraciones, tiene carácter continental, y al hablar Barceló sobre él en Santo Domingo, con la intención única de referirse a su patria, resultó que en vez de hablar para Puerto Rico y Santo Domingo, habló para Costa Rica y para América.

Agradecemos al Repertorio Americano la deferencia, y confiamos en que la tierra donde ve la luz el insigne semanario bajo dirección tan insigne como la de García Monge, resolverá su problema tan satisfactoriamente como habrá de resolverlo Puerto Rico si todos sus hijos ponen a contribución sus luces y se disponen todos, inspirados por el amor a esta tierra, a solucionarlo definitivamente.

En ese camino estamos y en él debemos seguir hasta coronar la obra.

(De *La Democracia*,
San Juan, Puerto Rico)

El Congreso de Costa Rica da un paso adelante

El Congreso de la República de Costa Rica

CONSIDERANDO:

Que no obstante la neutralidad que Costa Rica ha de mantener en la guerra civil existente en Nicaragua, es deber ineludible de la Representación Nacional de los Estados, el de prevenir por todos los medios a su alcance los peligros que pudieran en el futuro destruir el principio de Soberanía, tal como hoy acontece en la hermana República de Nicaragua, con la cual debe la de Costa Rica solidarizarse en esta hora en que una intervención armada ha de traer como lógica consecuencia la pérdida de su Independencia Nacional.

ACUERDA:

Dirigir una comunicación cablegráfica al Senador Borah y demás compañeros de ideas anti-intervencionistas y a los Congresos de los países Hispano-Americanos, a los primeros excitándolos para que perseveren en sus humanitarios y generosos empeños en pro de la defensa de los países débiles, a fin de lograr que el Gobierno de los Estados Unidos haga cesar su intervención armada en el territorio de Nicaragua, y a los segundos, para que uniéndose al sentimiento que inspira el proceder del Congreso de Costa Rica y con todo el prestigio de su indiscutible autoridad, se dirijan en igual sentido al grupo de Senadores que en los Estados Unidos se oponen a la política del Departamento de Estado con motivo de los sucesos de Nicaragua, e influyan en sus respectivos Gobiernos para que aunen sus buenos oficios con el propósito de restablecer el orden y la paz en la hermana República.

San José, 24 de febrero de 1927.

Aquileo Orlich, J. Padilla, S. Chaverri, Florentino Lobo, Alejandro Alvarado Quirós, J. J. Ortiz E., E. Odio, León Fernández R., Francisco Carrillo, S. Valenciano, Claudio Cortés, León Cortés, A. Urbina, Ernesto Ortiz, Ricardo Fournier Q., J. Albertazzi Avendaño, G. Carranza Solís, Enrique Fonseca Zúñiga, Joaquín Vargas Coto, Marco Tulio Maroto, Jorge Ortiz E., José Daniel León, Luis García Aragón.

El anterior acuerdo fué discutido y votado por gran mayoría en la memorable sesión del Congreso del 21 de marzo del año en curso.

Las ventajas de una firme actitud

=De *El Tiempo*. Bogotá=

Los cables de ayer transcriben los rotundos conceptos que en mítines no partidaristas, acaban de formular sobre la política internacional de Coolidge y Kellogg varios senadores americanos. Tanto el senador Wheler como el senador Brockardt, critican rudamente esa política, que, según ellos, está cavando un abismo entre la América Latina y los Estados Unidos, y tachan en los términos más rudos la orientación de la secretaría de estado, que parece sugerida por un franco enemigo del panamericanismo. En el mismo sentido hablan muchos de los periódicos más importantes de aquel gran país, especialmente *The World, The Sun*, de Baltimore, *The Saint Louis Post Dispatch*, y el grave *Times* de New York, no ha escaseado tampoco sus censuras.

Consideran todos ellos que esa política tendrá como resultado en la América Latina una honda desconfianza, una creciente antipatía por la política que se desarrolla en los círculos oficiales de Washington, y tienen razón. No somos nosotros, los latinoamericanos; son altos espíritus de los Estados Unidos, parlamentarios, periodistas y escritores eminentes, los que exponen a plena luz cuáles han de ser las consecuencias de una política tan audaz y agresiva como insensata.

Y al paso que así se expresan los conductores de la opinión en la gran República del Norte, al través de toda la América Latina se observa una política uniforme de silencio sistemático en las esferas oficiales. De prudente silencio, de reserva diplomática, de discreción escrupulosa... Nosotros celebraríamos a dos manos una bella imprudencia, que sería quizá el acto más inteligente y más acertado. Una declaración resonante, dentro de los términos de una sincera cordialidad, sobre el pésimo efecto que en estos pueblos del continente produce la política actual del departamento de estado, sería recibida con respeto por la opinión de los Estados Unidos, respaldaría eficaz y oportunamente la campaña de los elementos anti-imperialistas y contribuiría a ilustrar a una ciudadanía ansiosa de orientarse por los principios de la justicia y de la razón.

Hay que conocer la sicología de ese gran país, orgulloso y amigo de imponerse, pero con todas las virtudes de un pueblo joven y sano. Los caminos de la sumisión y de la timidez no hallan allí favor alguno; el que considera que puede subir arrastrándose, es allí arrollado sin misericordia, y despreciado sin compasión. En cambio, las actitudes firmes y activas, el reclamo claro de un derecho, la política de la franqueza en los actos y en las palabras, encuentran siempre acogida cordial y se captan el sincero respeto de todos. Ante todo, hay que hacerse respetar, hay que hablar recio y claro, hay que mantener firmemente el propio derecho.

Cuando el general Ospina rechazó la visita de Mr. Knox, en el más antidiplomático de los gestos, ganó una batalla para la causa de Colombia. Un concepto de nuestros gobernantes—no, es claro, en comunicación diplomática, sino aprovechando alguna oportunidad pública que es bien fácil de hallar—sobre la impresión que en América producen los actos y las palabras que salen de Washington en relación con la América Latina podría ser una batalla ganada para la causa de nuestra América. Al panamericanismo hay que servirle no con la asistencia rutinaria a las grandes conferencias, ni con ocupar una silla en el lindo edificio de la Unión; sino denunciando los peligros que lo amenazan, y las actitudes que lo hacen imposible; procurando una franca inteligencia cordial sobre la base de la verdad, y no la farsa hipócrita en que las palabras no corresponden ni a los sentimientos ni a los actos.

Somos grandes admiradores de los Estados Unidos; de su civilización, que marca una nueva era en la historia de las relaciones humanas; de su pueblo, que es diametralmente distinto del yanqui explotador y brutal que a veces llega a buscar fortuna en estas latitudes. Es ese un país de opinión y de libertad, al cual hay que acercarse con valor y con franqueza varonil, dejando a un lado los miedos y las timideces. Allí están diciendo grandes verdades sobre la política de Kellogg los más prestigiosos voceros del espíritu nacional. Nosotros celebraríamos infinitamente que aquí les hiciera eco alguna bella imprudencia oficial, que sería más bien un acto de prudencia inteligente y previsiva; alguna declaración altísima, para la cual no faltan pretextos, que fuera el eco de aquellas generosas campañas, y que encarnara el pensamiento de un continente en el cual es tan unánime el silencio de los gobiernos como el sentimiento categóricamente anti-imperialista de los pueblos.

A Berta Singerman

Única y sola en su audaz ministerio,
sobre los Andes se anuncia cantando
lírica alondra que llena el misterio
de esta gran hora de América, cuando

frente al fenicio y sus arcas de oro,
frente al ludibrio de estultos magnates
quiere una Raza salvar su decoro
y habla en el Verbo inmortal de sus vates!

Unica y sola, gloriosa en la cumbre
del Monte Azul de los Grandes, se inflama
su alma en la lumbre del sol que es la lumbre
que a los selectos envuelve en su llama!

Única y sola en su órfico rito,
crea de su entraña la pura emoción
y en el océano del arte infinito
es onda eterna que da su canción!

Única y sola en su trípode de oro
hila el encanto su voz de mujer,
¡su cuerpo todo se torna sonoro!
¡Dios mismo habla encarnado en su sér!

Es la que expresa con alma encantada
toda la gama sutil de emoción
que en la palabra por magia rimada
cristalizó la divina creación!

Su alma en la espuma dorada del verso
sabe infundirse hasta hacerla inmortal!
Como la luz en el breve universo
de una gotita con sol matinal
entra brillando su voz de ternuras
en la mecida canción maternal!

Y, penetrando en las noches oscuras
de las angustias que ronda el dolor
se desfallece su voz y murmura
con llanto claro de azul surtidor!

Canta el amor en su sabia garganta
y en salomónico ritmo el cantar
tiene dulzor de inocencia que encanta
como paloma de ronco arrullar.

Anuncia el alba de un día sorprendente,
fuerzas extrañas animan su ser,
Ella es la norma para el Continente
Bolivariano que empieza a nacer!

Norma sutil de Belleza creada,
liberación de lo bajo y lo ruin,
exaltación del espíritu, alada
gesta en que triunfe el azul paladín!

Sórdidas bestias acechan su paso,
sordos espíritus no saben oír,
pero del alba de oro al ocaso
tiemblan las almas que saben sentir!

Inmoviliza, severa en el gesto,
su esbelto cuerpo de espiga de plata,
y ante el enigma del Norte funesto
en catarata su verbo desata!

¡Oh! el timbre augusto, robusto y vibrante
de su voz pura, que es ahora de hiel,
cuando apostrofa a la Bestia Triunfante
que guarda su oro de sangre en Babel!

¡Se oye en su voz a una Raza que clama,
se hace terrible su sacra belleza;
su verbo heroico las almas inflama,
pues lanza el grito de la Marsellesa,
la que esculpida en el Arco Triunfal
cuaja su grito en su voz de metal!

Envío

Berta: Sea tu mensaje de Alondra Argentina
clave de encanto que anuncie el gran día
en que las huestes de Hispania en América
fraternizando en su habla divina
sean, por belleza, verdad y alegría
aptas de nuevo en las gestas homéricas!

Carlos Luis Sáenz

Heredia. 3-23-927.

Declaración

La Federación de Estudiantes de Sucre, extraña la medida adoptada por el Ministerio de Relaciones Exteriores con el compañero Roberto Hinojosa, al invitarlo a retirarse de la Secretaría de nuestra Legación en el Brasil.

Con motivo del último avance del imperialismo yanqui al perpetrar la intervención armada en Nicaragua, se ha escuchado, unánime, la protesta de la juventud americana. De todas las universidades del Continente, ha surgido un solo anatema y todos los pueblos de América han extendido los brazos acusadores hacia el Norte, para denunciar el nuevo atropello del conqnistador.

La juventud universitaria de Bolivia, se adhiere de todo corazón a esa noble protesta, porque piensa que no podrá hablarse de solidaridad continental mientras Panamá, Cuba y Puerto Rico sientan sobre sí el poderío insolente de los ejércitos yanquis; mientras sobre México se cierna, perenne, la amenaza de los Estados Unidos; mientras Colombia, Venezuela, el Perú y Bolivia, permanezcan en la condición injusta de colonias de Wall Street; mientras persista la prostitución de la fórmula de Monroe y el pabellón estrellado se pasee en aguas de América a bordo de buques invasores.

Roberto Hinojosa, al condenar el imperialismo yanqui, ha interpretado fielmente el pensamiento de la juventud de Bolivia. La atentatoria medida contra él empleada por un gobierno que se jacta de constitucionalismo, al señalarlo como a un paladín de la libertad americana, demuestra cuánta es la sumisión que deben nuestras cancillerías al rubio señor del dólar, sumisión que al hipotecar los territorios que nos legaron nuestros mayores, compromete el porvenir de la patria y llena de vergüenza la historia de América.

La Federación de Estudiantes de Sucre, reitera su confianza a Roberto Hinojosa y protesta, ante la conciencia americana, por el atropello dictatorial que significa su destitución.

Carlos d'Avis
Secretario General
de la Federación de Estudiantes.

Nicolás Carrasco
Tesorero.

Julio Alvarado
Presidente del «Ateneo Carolino»

Sucre, 30 de enero de 1927.

Saber sonreir

=De *El Universal*, México, D. F.=

En la cara se revela el alma: esta vieja verdad nos viene a la mente cuando pensamos en el aspecto exterior de nuestros semejantes.

Dejemos que la cara sea espejo del alma: pero hagamos que el alma no tenga sino resplandor.

Las caras tristes son caras de enfermos. Hay pueblos tristes. Los pueblos que han sufrido largas opresiones interiores o extranjeras llegan a tener la máscara misma del desaliento.

Otras veces la expresión se torna hosca; ya no sólo nos mostramos tristes, sino que estamos como en guardia contra el ataque. En los países de tiranía el hombre es enemigo del hombre.

La situación de pueblos oprimidos en que siempre vivieron nuestros indios, desde antes de la conquista y más tarde nuestras interminables dictaduras, han impreso en nuestras gentes una marca de dolor. Y como la raza indígena aún en medio de la derrota es demasiado altiva para hacer algo indigno, resulta que el indio, no pudiendo sonreir de alegría, contempla a su alrededor con desconfianza o apaga toda expresión, antes que ponerse a reír con la risa simulada, con la risa de los esclavos.

Pero hay en psicología una ley que, no porque haya sido exagerada deja de tener valor y eficacia práctica. Esa ley descubierta por el filósofo norteamericano William James, nos habla de la influencia del gesto, de la influencia del reflejo exterior, en la producción y en la intensificación de las emociones. Los educadores norteamericanos aplican constantemente dicha tesis cuando insisten en que la apariencia del rostro debe ser una apariencia tranquila y sonriente.

No debemos desconocer que hay entre la raza anglosajona y la nuestra una diferencia profunda de temperamentos. Nosotros descendemos de una raza sombría como la indígena y de una raza grave como la española. Por los dos lados una severidad que puede ser signo de fuerza interior, pero que también suele convertirse en ácido qué nos corroe la voluntad. La fuerza es grave, pero sólo el dolor y la debilidad son agrios.

De todas maneras hay entre los yankees y nosotros, entre otras muchas diferencias, esa tan curiosa y aparentemente trivial que se demuestra cuando vamos a retratarnos. Podría hacerse un esbozo de psicología de los pueblos por la manera como acostumbran retratarse. Cuando nos retratamos con un fotógrafo mexicano, ya que llega el momento decisivo y ya se trate de una persona o de un grupo, el fotógrafo mexicano dice: «Ya va, pónganse serios». En igual caso el fotógrafo yankee invariablemente dirá todo lo contrario; dirá: «Smile»: es decir, sonrían, cuiden de sonreir.

No podría hacer carrera en los Estados Unidos un político de cara dura. Y se explica, los ciudadanos no buscan verdugos, buscan servidores atentos y alertas. El político yankee cuida antes que nada la sonrisa. El retratista francés, por otra parte, revela también la secreta aspiración de su raza, cuando procura dar a las cabezas de hombre cierto aire de loco talento si no de genialidad. Quizás el político francés cuida más la melena que la sonrisa; porque por otra parte ya se sabe que no puede ser malo. Como nunca se sale de la ley, no puede hacer maldades y en cambio importa mucho que el talento extraordinario tome a su cargo las funciones públicas. Por lo mismo, lo que él procurará sugerir es el talento ilimitado y extraordinario.

En el instante en que nos ponemos frente a la cámara fotográfica se revela, por lo menos un rasgo fundamental de nuestro temperamento. Generalmente lo que nos preocupa es esconder nuestros defectos. Las mujeres de boca grande, seguramente encogerán los labios. Y todos esos *caras duras* que se retratan de *hombres*, no son, llegada la ocasión, sino infelices que buscan en el gesto el antifaz de su cobardía.

También exhibimos ante la cámara fotográfica las debilidades inofensivas. La debilidad de creerse un genio, por ejemplo, ¿quién no la ha padecido de estudiante? Y de allí proceden esas cabelleras desordenadas y ese mirar profundo que muchas veces resultan, no de nuestra inspiración, sino de nuestras desveladas o de cualquier otro género de abusos.

Pero, dejando a un lado el detalle curioso, insistamos en que es muy necesario que aprendamos a sonreir. La sonrisa es una fuerza incomparable que a nosotros nos está casi vedada por el mal hábito y por la preocupación interior. Para poder sonreir francamente, limpiemos el alma de malicia. Para sonreir de verdad, hay que hacerse según reza el Evangelio, como los niños. Lo que tienen de admirable los niños no es su ignorancia, sino su ausencia de malicia. Ellos ven las cosas como son y no se imaginan que los hombres sean tan necios que pretendan deformarlas y sólo logran engañarse.

El niño no conoce la segunda intención de las palabras ni de los actos; ciertos hombres y aun ciertos grupos, en la hora más vil de los pueblos, practican eso que entre nosotros se llama *la tanteada*. Abusar de la buena fe ajena, que en resumen es abusar de la confianza que se ha puesto en nosotros mismos: engañar con vileza, para sacar ventajas mundanas; tal es la ética de la tanteada. La más miserable de las cobardías, la cobardía con nosotros mismos y el envilecimiento de nuestra propia palabra. Para obtener estos fáciles triunfos, no basta la sonrisa del niño. La sonrisa del niño estorba para mentir. Los tanteadores, cuando se retratan, ponen el ceño adusto para que no se les revele la intención o simulan una sonrisa; pero entonces lo primero que los traiciona a ellos es el retrato; porque tales sonrisas en el retrato se vuelven gestos.

La sonrisa poderosa es la que revela toda la intención; la que no deja nada escondido; sólo esa sonrisa se impone. Con una sonrisa semejante, con una sonrisa ingenua y clara, se pueden decir y se pueden hacer las cosas más atrevidas. No temáis sonreir porque hayáis visto sonreir a los hipócritas. La sonrisa de los hipócritas es mueca que los traiciona. ¡Ay de vosotros si teméis sonreir! Pues sonrisa que se vuelve mueca, será sonrisa que se vuelve contra vosotros.

Libraos también de la sonrisa por precepto; de la sonrisa forzada, que no logra ser reflejo de una alegría interior. Para poder sonreir hay que poner primero la alegría en el corazón. Una disposición generosa con respecto a la vida y con respecto al prójimp; he allí lo que basta para aprender a sonreir.

Para sonreir delante de nuestros semejantes, es necesario que la presencia de cada uno de nuestros prójimos nos cause alegría. Y lo natural es que así suceda y todo lo demás es enfermedad. Alegría de encontrar otra alma que buena o mala, equivocada o clara, de todas maneras, soporta el mismo peso misterioro que nosotros soportamos. Lo natural es que el hombre tienda la mano al hombre; lo natural es que un rayo de luz nazca del ojo a la vista del prójimo; el rayo de luz que en seguida se difundirá por todo el semblante y llegará a iluminar la sonrisa.

La sonrisa luminosa aún en el dolor. Yo he visto en uno de los pocos países libres que quedan en este horrible mundo contemporáneo; en la libre Francia, he visto que, dos hombres, dos desconocidos, se tropiezan en el boulevard. Por uno de esos accidentes raros, el encuentro involuntario de los dos cuerpos fué tan rápido que los dos se sintieron momentáneamente cegados y heridos en el rostro. Yo que vengo de países de tiranías, donde el hombre es enemigo del hombre, donde se vive en asecho del daño que el otro ha de causarnos, me dispuse instantáneamente a ver cómo se daban, los dos, de bofetadas. Por lo menos supuse que se cruzarían palabras duras. Un imbécil, no podía faltar. Yo, viejo pecador, por la cólera, seguramente o habría lanzado; pero aquella vez yo ví el espectáculo admirable de que uno y otro de los que se habían tropezado, tanto uno como el otro, antes de ver, antes de palpar sus propias lastimaduras, preguntaban: ¿Se hizo usted daño? Y los dos se vieron con simpatía y se sobaron el rostro y se alejaron contentos. Y yo me quedé confuso y avergonzado. Y pensé, los mexicanos no son malos, pero les falta, nos falta el auxilio de la sonrisa.

Uno de los mayores crímenes del despotismo, es el hecho de que apaga la sonrisa y se burla de la sonrisa. Y por lo menos la sonrisa da fuerza, en tanto que nada agota, nada nos hace tan estériles, como ese constante antifaz de «no me dejo de nadie», que suele ser el sentido de los gestos que allá llamamos: «machos». Un no

me dejo que, esconde un miedo de esos que, en secreto, hacen temblar.

Junto con tantas urgentes cruzadas, urge entre nosotros la cruzada de la sonrisa. No la sonrisa desconfiada ni la sonrisa malévola. Sólo los miedosos están siempre en guardia; el hombre valiente anda solo y no teme entregarse. Sabe que a la hora del apuro su fuerza interior no le ha de fallar. Y compadece al desconfiado.

En Francia, en Italia, la sonrisa es una cosa natural; no lo era así en los Estados Unidos, país menos refinado y más atareado. Pero a fin de no caer en los daños que la expresión hosca acarrea, los yankees renuevan constantemente verdaderas campañas en favor de la sonrisa. Todos los que han pasado por los Estados Unidos miran con curiosidad esos letreros que por todas partes, lo mismo en los sitios públicos que en las oficinas privadas, repiten la misma admonición: «Keep Your Smile». Conserve usted su sonrisa. Observad que no dicen: Haga usted o finja usted una sonrisa, sino que recomiendan que guardemos, que cultivemos esa sonrisa natural del hombre sano y fuerte delante de los seres y de las cosas. Guardad la sonrisa. Un gran paso habremos dado cuando podamos decir que el mexicano ha aprendido a sonreir.

Sonreir con bondad, como sonríen los fuertes; con confianza, como sonríen los niños; sonreir con luz, como sonríen los genios.

Tal es la sonrisa que confunde a los «caras duras» y a los hipócritas; a los que portan gesto de verdugo y a los que portan el antifaz de la simpatia.

J. Vasconcelos

Leyendo a Montalvo

¡Ah, repúblicas turcas! El cielo se contrista, el infierno sonríe, cuando echan los ojos a esta parte del mundo.

Montalvo.

Tantos años han pasado desde que el genial Montalvo escribió estas palabras, y sin embargo el espectáculo de la mayor parte de los pueblos de la América Hispana, no ha cambiado... pareciera que una valla infranqueable se opusiera al avance de la civilización... triste realidad.

La inquietud que ciertos hombres de pensamiento experimentan ante la contemplación del momento, no pasa de traducirse en sanas intenciones, que de vez en cuando aparecen en las columnas de algún periódico o revista, o en las páginas de algún libro. Estéril prédica, impotente para conmover la dormida conciencia de las masas.

Multitud de mensajes, inteligentemente concebidos y originadores de multitud de interesantes respuestas, a diario descubren la crisis porque se atraviesa, y dejan entrever los vicios que todos conocemos, que todos vivimos y que todos estamos convencidos de que paulatinamente nos destruyen.

Mas sólo se contempla y se contempla, pero no puede decirse que exista organizada la falange de hombres superiores a quienes tocará en un no lejano día, la defensa y organización de todas estas secciones de la América.

Un punto de partida se requiere en todas las manifestaciones de la vida; una enérgica decisión es lo que urge en estos momentos. Nada de palabrería, que ella abunda en la mayor parte de nuestros hombres; nada de sanas intenciones y de excitativas a juventudes y hombres de América, que no estén basadas en el firme y optimista propósito de consumar en Acción, lo que el espíritu concibe y anhela.

Acción... Acción!! he ahí la clave de todo. He ahí lo que necesitan todas esas juventudes y hombres de América, a quienes a diario se exhorta y se interpela.

Acción que se traduzca en noble lucha que tienda a conquistar el perfeccionamiento y la Libertad en su más amplio sentido concebida, debieran ser la única consigna del momento.

Grande obra de depuración social es nuestra más imperiosa necesidad.

Obra de depuración que tienda a eliminar cuanto antes esa carcoma de mediocridades y de politicastros audaces, que a diario asaltan las instituciones y las altas magistraturas, y que ya en el caso de Nicaragua, de Venezuela, del Perú, de Panamá y de otros países más, constituyen la vergonzosa amenaza de la soberanía de sus propias naciones, y de la dignidad del Continente.

Destruir al enemigo de casa, y prepararse luego para combatir al que nos viene de afuera, ha de ser la convicción de los que pretendan hacer algo útil.

Ciertas mentalidades se horrorizan y hasta claman cuando oyen que se trata de destruir lo ya corrompido. ¿Y cómo entonces suponer siquiera obra alguna de reconstrucción?

En vano se pretende levantar un edificio estable, agregando ladrillos nuevos a los fragmentos del muro que la acción del tiempo ha derribado en parte, porque él caerá tan pronto como el peso de la nueva construcción supere la debilidad del viejo resto que se quiso utilizar.

Y no se crea que el esfuerzo será obra de gigantes, una vez que se haya logrado eliminar a los principales abanderados de la perversidad.

Sucede con los hombres perversos lo que con ciertos animales, que acostumbrados a vivir en el charco pútrido, mueren o se debilitan una vez que se transforma el medio en que viven.

Maestros de América: Haced de esos niños que la sociedad os encomienda para que los cultivéis, futuros hombres de honor y de acción.

Juventudes de América: La acción es lo único que en estos momentos puede salvarnos.

Hombres de América: Iniciad la acción que salvará estas «repúblicas turcas», al decir del inmortal Montalvo, de las garras del buitre del Norte, que sólo espera que la podredumbre se extienda a todo el Continente, para consumar su meditado festín.

Jorge Calzada

San José de Costa Rica
Marzo de 1927.

Berta Singerman

Todos los poderes, todos los misterios, todas las maravillas de la voz.

Toda la vida del gesto: ritmo, transparencia, holocausto, mármol, luz, fuego, hierro...

¡Evocación! ¡Inspiración! ¡Creación!

La plegaria, la oda, el cuento, la elegía, la ironía, la visión, la profecía, la tempestad...

¡Aquella voz que vierte todas las armonías, que se deslíe en rosas, que asciende a ser fulgor, o se recata en relentes de Sermón del Monte, y que límpida o rugiente, penetra en el alma de todos los ritmos y se extasía en lo que hay de divino en ellos!

El silencio abre sus entrañas de angustia a la palpitación de la eternidad. Odio, miedo, asombro, veneración...

La sombra oceánica... La desesperanza... La muerte.

El salmo augural del alba...

Rondas de niños...

Las estrellas...

El corazón...

La libertad...

El Poeta...

Dios!

Ecos de Antígona en la actitud... y no sé qué en la mirada, de este Tolstoi cuando el genio se torna locura y clava en la infinitud ojos de león y de ángel, con los cuales se diría que ata su propio espíritu en las cumbres del horizonte.

La cabellera se da al ungüento divino, o florece en lotos, o florece en llamaradas.

El traje vibra de ideación: ala, fulgor, púrpura, ola...

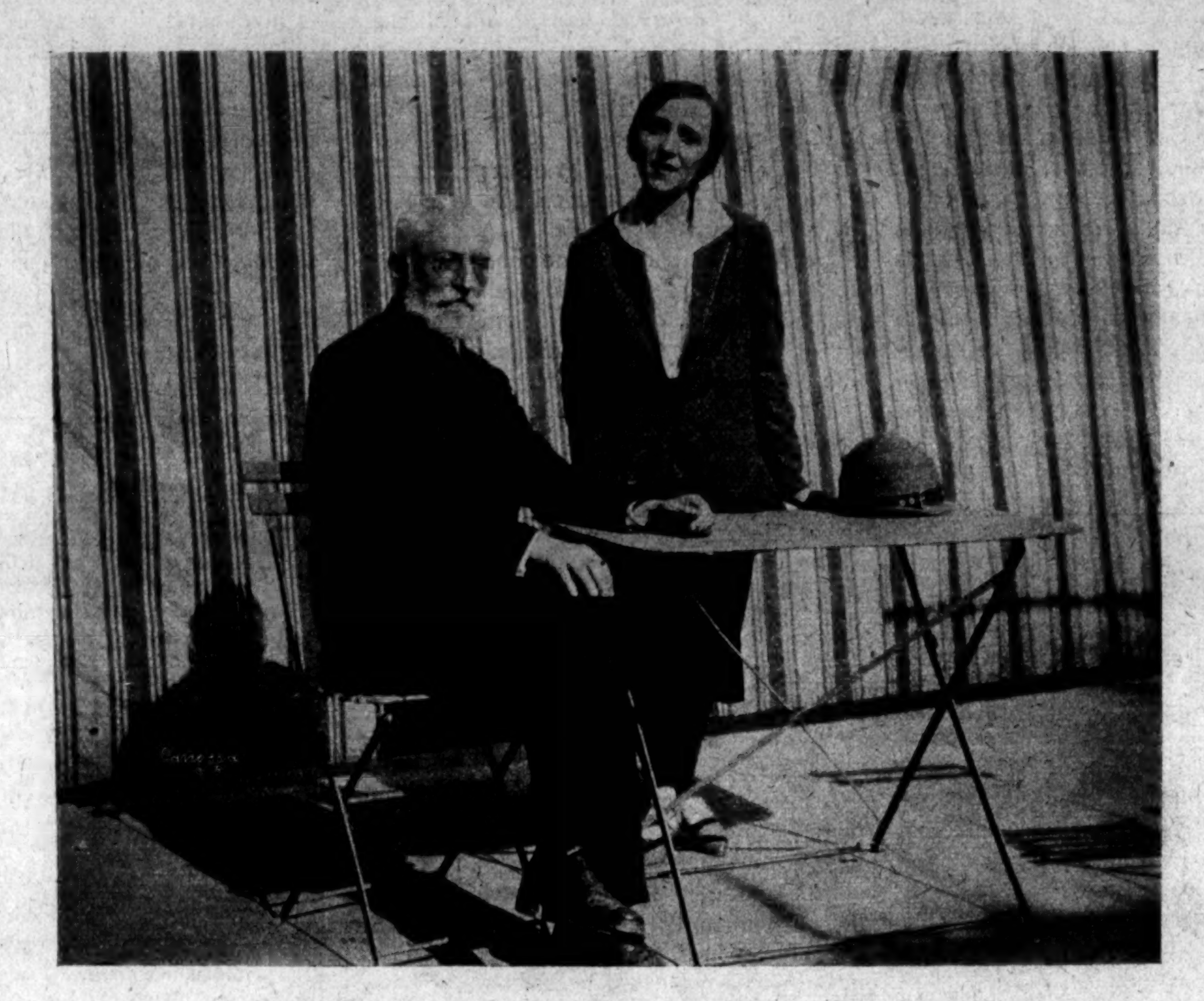
El cuerpo es delicadísima prolongación de la voz.

La voz es espíritu.

¡¡¡Gloria a Berta Singerman!!!

Omar Dengo

San José, Costa Rica, marzo, 1927



Berta Singerman y don Miguel de Unamuno

En Hendaya, Francia. En el patio del Hotel en donde se aloja el insigne proscrito

Como una rara *flor de ensueño* surge en el escenario su graciosa figura frágil y cimbreante. Se dilatan radiantes sus extraños ojos claros y se iluminan con una luz interna; luz de alma que hipnotiza y unge.

Un instante... y su rostro se transfigura, con un leve gesto original evoca la perspectiva. De su fina garganta melodiosa salen una a una las palabras sonoras, que al pasar por su boca se hacen canto o arrullo, lamento o imprecación y sube y sube su voz alegre o dolorida en una sensación de caricia o suspiro melodioso y se oyen entonces: de las viejas campanas los lejanos sones; los clarines, las trompetas, el huracán que brama, el estallido de los truenos, el estruendo del mar que se retuerce en convulsiones sordas y se eleva en olas de apretada espuma, el beso de la brisa y el soplo del Infinito...

Y se llenan sus ojos de una visión ignota, su cuerpo se estremece, se crispan sus manos trémulas y es entonces cuando una misma vibración eléctrica recorre todos los cuerpos, porque creemos escuchar en los cantos de los hombres la voz misma de Dios.

Cuando nos habla de remotas edades sus ojos vagos parecen mirar hacia los siglos que se fueron, suenan las espadas, chocan unas contra otras las recias armaduras y se oye a lo lejos el eco de la gloria.

Ahora, se abren sus pupilas preñadas de misterios y su voz de acero repercute como el trueno cuando grita el ¡alerta! a los pequeños pueblos que despiertan ante el terror unánime de la *bestia* que ruge hambrienta en los confines.

¡Salve, gentil vestal! ¡Musa de la expresión, Diosa del sentimiento, Salve!

Ergane

San José, Costa Rica, marzo, 1927.

Al servicio del ideal

El arte refinado de Berta Singerman podría compararse con el de los miniaturistas del Renacimiento que pasaron la existencia iluminando con el pincel o con la pluma, pero sobre todo con el fuego de su inspiración, los textos de los grandes libros sagrados y de los poemas inmortales.

En aquella cabeza de virgen bizantina sólo hay espacio para el ritmo, para la estrofa, para el pensamiento hermoso o fino que salió del númen de los poetas, como respondiendo al conjuro del verbo que lo desentraña de los arcanos del misterio.

Su vida está consagrada al culto de la Belleza. Al nacer, recibió el don exquisito de la voz, de una voz que tiene todas las inflexiones, que es grave como el sonido de una campana de bronce, y que es suave como el murmullo que pasa entre los árboles de durazno en primavera, tan suave, tan tenue, que se impregna del aroma, sin dañar la seda de los pétalos sonrosados. Pero la voz no sería de ningún valor, si no obedeciera dócilmente a su dueño el corazón. Las evocaciones orientales de una Scheherazada de sueño caerían por tierra sin el fuego que las anima y las encarna.

(Pasa a la págica 191).

El seráfico

...tutto serafico in ardore.

DANTE. *Par.* XI, 37.

Las dos transformaciones esenciales del cristianismo en catolicismo, representan dos conciliaciones paganas. La primera efectúase en los propios tiempos evangélicos, bajo la influencia primordial de los gnósticos alejandrinos, y la encarna San Pablo, desde en su apostolado judeo-helénico por el litoral griego del Imperio Romano, hasta en su incierta, pero simbólica predicación de Atenas. La segunda es empresa de San Francisco de Asís. Ambas son, principalmente, obras de caridad, la mayor de las virtudes teologales, dijo Pablo; mientras la pobreza de Francisco no es el negativo despojo ascético de ermitaños y estilitas, sino la virtud social que consiste en darlo todo, por práctica del fraterno deber, exaltado a lo absoluto: amar al prójimo más que a sí mismo.

La caridad es, por excelencia, la virtud flamígera que enciende el fuego del amor puro y cuece el pan del socorro y del consuelo. Y es también su llama lo que se ve arder en el arrebato candente de los serafines. Por esto Pablo y Francisco fueron hombres seráficos. Al primero fulmínalo la revelación en la llamarada de un rayo. El segundo es, desde el instante de su iluminación, el hombre que vive ardiendo. Está continuamente como por desprenderse del suelo en la elevación de su propia llama. Y así, hasta cuando se halla quieto, parece que los pies le palpitan sobre ascuas, mientras, con frecuencia, el fervor de la oración se le sale en fuego visible por el rostro y la boca. O llega a alzarlo en el aire, donde grita suspenso, con la terrible posesión del Espíritu que lo enciende. Estremecido por perpetua fiebre, aquel hombrecillo flaco, bajo su burdo sayal, es el leño de Dios que vive de darse en generoso fuego. Su grande alma congrega así una orden tan poderosa en la misma desposesión de su regla, que durante un momento de la historia hace de la pobreza el problema continental para la Europa de los papas y de los reyes. Y con eso transforma el mundo, imponiendo a la política la entidad del pueblo, a la teología la piedad humana y al arte la emoción de la Naturaleza. Por esto el Dante, que era de su devoción, afirma en el canto del *Paraíso* que le dedica, y es el undécimo, que se quedaría corto quien designárale Asís por lugar de su nacimiento; pues, para hacerlo con propiedad, debería decir Oriente. Ya que en el terceto anterior (49-54) sol naciente lo ha llamado.

Es que en este momento confuso de la Edad Media, cuando el reflujo de las Cruzadas desorganiza la construcción feudal, él es el fuego que orienta. La Iglesia, que era el centro continental, recobróse del fracaso definitivo, que pudo ser para ella y para Europa la frustrada reconquista de Jerusalem, hallando otra vez, en la caridad franciscana, la acción y el verbo de Pablo. Por esto ha podido afirmarse con verdad que en San Francisco empieza el Renacimiento. El catolicismo, o cristianismo romano, nace de esa iniciativa y se define en una crisis franciscana: la represión de los



Ilustración de ALEJANDRO SIRIO

fraticelli. Y ese resultado inmenso lo engendra una fuerza puramente espiritual, que es también la causa de su noble hermosura.

La vitalidad triunfante del catolicismo consistió que éste fué, con ello, una obra de arte. El cristianismo empezó a vivir en belleza, como la Cosa Pagana, muerta al parecer, pero dormida, no más, bajo los escombros del cataclismo bárbaro. Por ahí es Francisco un tipo representativo de nuestra raza, un reconstructor de la latinidad. El catolicismo es el aspecto religioso de la civilización actual, o sea de la latinidad renacida.

Aquella caridad franciscana resucitó la gran concordia antigua, mucho más vasta que la de *los fieles cristianos*, porque aparejaba al concepto estoico de humanidad—*caritas humani genus*—la simpatía de todos los seres: la vida viviente en el seno de Dios. Así es acto de caridad adorar a Dios en sus criaturas. Caridad iluminativa por la virtud esencial de su fuego, puesto que enseña a conocer a Dios. Sutilice cuanto quiera la teología, eso es, en suma, el panteísmo. He aquí que las mismas *Fioretti* (cap. LII) nos dicen cómo Dios elevó a Francisco «sobre todas las criaturas, a tal punto que su alma quedó absorbida y sumergida en el abismo de la divinidad y claridad celestes, y sepultada en el océano de la eternidad y la infinidad divinas; de tal suerte que nada sentía ya de creado, formado, finito ni concebible, nada de lo que puede pensar el humano corazón ni narrar la lengua, disuelta su alma en aquel abismo de divinidad, como una gota de vino en el seno de los mares. Y así como dicha gota nada podría percibir sino el mar, su alma no veía sino a Dios en todas las cosas, sobre todas las cosas, y dentro y fuera de todas ellas».

Pues aunque el parágrafo concluye: «pero distinguiendo siempre tres personas en un solo Dios y un solo Dios en tres personas», esto es un agregado a todas luces postizo y disonante con el tono de la cláusula, por reacomodo posterior en la ortodojia.

Amar la belleza en la criatura es descubrir en ella al creador. Y más aun: es revelarnos a Dios en nosotros mismos. La caridad que, esencialmente, significa generosidad del corazón, lleva ínsita la belleza. La belleza que, esencialmente, a su vez, es luz: la luz, hija del fuego.

Y por aquí es heroísmo también la caridad seráfica.

En su disipada juventud, Francisco había sido apasionado lector de los libros de caballería. El caballero andante, lanzado por el mundo a la empresa de la justicia que realizaba dedicándosele entero, pues la virtud dominante del paladín consistía, téngolo dicho ya, en la generosidad sin límites de sus bienes y de su sangre, era si bien se ve, de la misma cepa. Francisco había, entonces, soñado la grande aventura de irse por las tierras y conquistarse un principado a punta de lanza.

No lo hizo, porque lo detuvieron amores y fiestas, con tanta dedicación, que llegó a príncipe de la gentileza entre la juventud divertida, sobre todo por los versos, la música y la danza; hasta que enfermó de los excesos, y estuvo grave con el delirio, que fué, no obstante, la primera puerta de su revelación. Pero aquí conviene una advertencia.

Aquel accidente, así como la exaltación sucesiva de su fervor, tornáronlo ya entonces sospechable de locura. En el primer tiempo de su predicación, apedreábanlo y burlábanlo a porfía los chicos de la calle. No mucho, pues, que haya insistido en su demencia el anticlericarismo racionalista, alegando aquel constante acceso febril y

aquellos desvanecimientos que parecen recordar los pródromos del aura epiléptica.

Pero es de considerar que ese hombre, fallecido a los cuarenta y cuatro años, funda en menos de dieciocho una de las sociedades libres más austeras e ilustres de la cristianidad; y no sólo la deja ya constituída por millares de adeptos, sino que la disciplina bajo una regla cuya eficacia comprueban siete siglos de vigilancia floreciente. No parece esto obra de loco, a fe mía, porque la locura es, al contrario, egoísta y estéril. Ni de ser ése, quimérico edificio, subsistiera a despecho de las tormentas que sufrió. Trátase, pues, de una obra de genio, y así vale la pena su comentario, fuera de toda preocupación religiosa.

He dicho que el voto de pobreza transformado en problema continental, reveló a la política la entidad del pueblo. Fué ése, a la vez, el momento crítico de la orden.

Su misma fundación por Francisco, era ya revolucionaria. Inclusive las mendicantes, todas las grandes fundaciones monásticas habían tenido por creadores y abades a individuos de la nobleza feudal. El pertenece a la burguesía comerciante, y trafica por comisión de la casa paterna. No es propiamente plebeyo, porque la plebe nada superior engendra, estéril y traicionera como el mulo. Pero la evolución social que, con el Papado, precisamente, iniciaba Italia en Europa, afirmóse glorificándose en él. Y aquella misma crisis de la orden fué un conflicto con el Papa Juan XXII, de análoga procedencia, pues era hijo de un zapatero de Cahors.

Apenas muerto San Francisco, su orden habíase dividido entre los puros místicos de la pobreza absoluta y los que sostenían la necesidad humana de vivir mediante la apropiación de lo indispensable, respectivamente llamados *espirituales* y *conventuales*, según su tendencia característica. Ya el propio Elías, nombrado por Francisco su primer vicario y sucesor, debió imponer la disciplina conventual, precisamente, mandando azotar con rigor a San Antonio de Padua. El restablecimiento de esta pena, que el fundador había abolido, aun cuando era corriente en las abadías, señalaba ya una rección posibilista y humana. La orden no podía continuar viviendo al solo poder de la seráfica inspiración, desde que el inspirado le faltaba; y tal fué lo que decidió el Papa Gregorio IX, consultado sobre la validez del testamento de Francisco.

Los espirituales, llamados vulgarmente *fraticelli*, adquirieron, sin embargo, tal popularidad, que Juan XXII decidió extirparlos en forma definitiva. Veía en ellos, con acierto que los hechos justificaron poco después, el fermento de aquel comunismo místico, que conduciendo fatalmente a la anarquía, triunfara ya una vez con la gran rebelión de Arnaldo de Brescia, hasta expulsar de Roma al Papa y proclamar en ella la República; pues, desde el tiempo del Imperio Romano, esa lucha entre la negación colectivista y la afirmación autoritaria, define la historia del Occidente.

Vinculábase a esa honda crisis social, que con la vasta difusión de la orden comprendía a toda Europa, una de las más graves que suscitó la cuestión de las investiduras. Sosteniendo el derecho de la Iglesia para consagrar a los emperadores del Santo Imperio, conforme quedó establecido desde la investidura de Carlomagno por León III, quien reabrió con aquél la serie de los emperadores romanos, Juan XXII había declarado a dicha ceremonia *conditio sine qua non*, para la posesión legal de la Corona. Disputada ésta entre Federico de Austria y Luis de Baviera, la batalla de Mülheldorf, en 1322, había dado al último la razón de las armas.

El Papa, que apoyaba a Federico, por ser éste aliado de los angevinos de Nápoles, güelfos y francófilos a su vez, mientras por su nacimiento y por su residencia en Aviñón lo era doblemente Juan, pretendió que el vencedor sometiera al fallo pontifical la diferencia ya resuelta por la victoria. Desobedecido, resolvió considerar vacante el trono imperial en virtud de su derecho a la investidura, y nulos bajo excomunión los actos de Luis, mientras no fuera debidamente consagrado. Excomulgado luego por contumancia el emperador mismo, respondió con dos protestas: la de Nuremberg y la de Sachsenhausen, que por espíritu y por definición resultan, en realidad, sendas anticipaciones del protestantismo; invadió Italia y ocupó Roma, donde a despecho de los decretos pontificales, coronáronlo rey de los romanos y en consecuencia emperador, el 17 de enero de 1327, cuatro síndicos elegidos por el pueblo. La asamblea popular, convocada como en los tiempos evangélicos, depuso a Juan XXII y a sus cardenales; y asumiendo la soberanía electoral de pueblo y clero, designó obispo de Roma, es decir Papa, al franciscano Pier di Corbario, quien tomó el nombre de Nicolás V.

Mucho más grave que la de Arnaldo de Brescia, esta rebelión, apoyada por el emperador germánico, quien encarnaba, además, la perpetua hostilidad de Alemania y Francia, contaba entre sus agentes más activos a los *fraticelli*, lo cual explica la designación del antipapa; sin contar los doctores menos sospechosos de herejía, que como Marsiglio de Padua, sostuvieron el derecho imperial, basado en la soberanía del pueblo.

Triunfante al fin sobre el Imperio, la Iglesia tuvo también, contra los místicos de la pobreza, la doble razón de la posibilidad y de la fuerza. No es posible vivir en permanente heroísmo, porque esta virtud constituye la exaltación triunfal de un instante; pero el impulso histórico había roto y cerrado a la vez para siempre el ciclo feudal.

Análoga infuencia en los dominios del espíritu. La Edad Media negaba, sobre todas las cosas, a la Naturaleza y a la mujer. Su moral excluía a la piedad humana por carnal, para subordinarla a la piedad divina, ante la cual la compasión del hombre es sólo una agencia.

El santo de Asís, que ha amado y pecado, saca de esa experiencia la piadosa flor, como quien excava en el lodo fecundo. Quién iba a conocer mejor lo perdonable de la caída. Cuál otro, también, el incontrastable poder del amor humano.

¿No he dicho alguna vez que toda iluminación del alma, y la noción de toda belleza, nos vienen por el amor de la mujer?

Pues he ahí otra grande invención franciscana: para dignificar a la mujer exaltará en forma hasta entonces inusitada, el culto de la Virgen. Y aquella *hiperdulía* de la nominación teológica, que de hecho viene a resultar un superculto sobre la dulía de los santos, inspira la mística fraternidad con Santa Clara, «*planticula germinada de vos mismo*», decían a Francisco los primeros germanos. Y bajo la advocación de aquella virgen de largo rostro y manos milagrosas que hacían florecer la cruz sobre el pan, sólo con tocarlo, nació la orden, tan merecedora de real predilección en su durísima austeridad, que mereció ser llamada de las princesas. Tantas de ellas, y reinas también, pasaron por los claustros de las clarisas.

Así comprendió a Dios en la Naturaleza. La hermosura del mundo fué, desde entonces, espectáculo divino. En todo la vió, desde en el sol de su himno hasta en el agua, buena de darse corriendo, como hermana presurosa. Y fué aquél que amparaba en los pliegues de su sayal a las liebres perseguidas; el que dialogó con las golondrinas y predicó a los pájaros; el que domesticaba a las tórtolas y les hacía nidos; el que cantó las alabanzas de la sagrada noche en contrapunto con el ruiseñor, quien venció, por cierto, alado cantor de Dios, al poeta humilde de la tierra. Y por esto fué que la tarde de su muerte, aun cuando ya cerraba el crepúsculo, acudieron como si entrase el alba, golondrinas y alondras, para darle la escolta de sus alas y rendirle la celebración de sus gorjeos. Pues si el mucho amar quita las manchas de toda culpa, cuál no será el poder de haber amado tanto sin mancha.

Todo esto es leyenda, ciertamente; pero revela un estado espiritual. Las *Fioretti* fueron una traducción a la lengua vulgar, de una de esas colecciones de *flores* latinas que los monjes compilaban para gloria de sus órdenes. Pero la versión indica hasta con su propio diminutivo familiar, no sólo popularidad, sino influencia difundida en el ánimo del pueblo: aquel triste pueblo de la Edad Media, agobiado por ocho siglos de pavor, ante la belleza renegada como una tentación y la vida aceptada como el peor de los males. ¿No ha tomado, precisamente por hábito, el sayal de los más groseros pastores, aquel varón de la seráfica dulzura? Pues de la misma comarca natal donde así urdían la triste lana de la miseria, son las florecillas que dan nombre a la crónica. Aquellas mismas que el Giotto, también de la devoción, empezaría a iluminar, y que prodigaría el amoroso Botticelli.

Y por último, como el amor del pájaro, la flor y la mujer, el amor del niño. Así,

admitiólo en el convento, según se ve por las mismas *Fioretti* (XVII); y esto fué otro grande acto de piedad humana, entonces cuando el infanticidio y el abandono de aquellos *frutos del pecado*, llegaron a engendrar la famosa cruzada trágica que costó la vida a cincuenta mil criaturas, y a infestar y obstruir el Tíber con los cadáveres de párvulos en la propia Roma papal.

Con ello manifiéstase otro don caballeresco y heroico, que pudiéramos llamar la moral del genio: ese triste vive ocupado de crear la alegría; ese para quien la vida ya es nada, revela al mísero y al vil que vale la pena vivirla en la concordia que es la hermosura de Dios.

Esta cordialidad con todos los seres de la cual es precioso símbolo entre los demás el lobo de Gubbio, revela al poeta de la acción y de la palabra. Voto de pobreza es, por otra parte, voto de artista. Así en todos los tiempos y condiciones, desde Miguel Angel hasta Verlaine.

Y por esto, a la vez que un gran poeta de Italia y un excelso varón latino, Francisco de Asís es para la cristiandad el más grande de los santos postevangélicos.

LEOPOLDO LUGONES

(*La Nación*. Buenos Aires)

La eliminación de españoles

=De *El Sol*. Madrid=

UNO de los diques de mayor resistencia a la norteamericanización de Puerto Rico es la colonia española. Casi monopoliza el comercio del país y tiene vara alta en la Banca y en algunas industrias. Un Banco y varias centrales azucareras están en manos de españoles. Goza de mucho crédito y prestigio social. Vive muy entremezclada con la población portorriqueña, probablemente más que en tiempos de la dominación española. La soberanía norteamericana ha contribuído a estrechar más los vínculos de raza entre españoles y portorriqueños.

Pero la colonia española de Puerto Rico está llamada a desaparecer. Dentro de veinticinco o treinta años, si las circunstancias no se modifican, no quedará un español en toda la isla. Unos habrán muerto y otros habrán regresado a España. Y la colonia no se renovará. Lo impiden las leyes de inmigración de los Estados Unidos. El cupo de españoles que se permite entrar en los Estados Unidos cada año es muy pequeño. La mayoría, casi la totalidad, se queda en le continente. Cuando alguno quiere venir a Puerto Rico, el cupo ya está cubierto. En breve, todas las industrias y el comercio españoles habrán cambiado de dueño y se extinguirá por consunción el núcleo más fuerte de hispanidad.

Habría un remedio: que el Estado español reclamase de los Estados Unidos un régimen especial para la emigración española a Puerto Rico. De nada sirve cruzarse de brazos ante la dictadura aduanera e inmigratoria que la República norteamericana está imponiendo al mundo. Ya el padre Francisco de Vitoria, hace cuatro siglos, señalaba como un motivo de guerra justa el derecho de emigrar a cualquier país; la tierra es de todos y la especie humana constituye una sociedad universal. Claro es que no hay que pensar en el crimen de una guerra, aunque la despótica política proteccionista de los Estados Unidos, tanto de su economía como de sus territorios, acaso está fraguando la gran guerra próxima, con mayor razón que la elaborada por Alemania. Europa y Asia, sin contar el resto de América, tendrán que defenderse, restaurando los principios de libre comunicación y de competencia lícita. Pero, entre tanto, hay recursos nacionales que no pueden abandonarse. Son las tarifas de Aduana. Los Estados Unidos necesitan de los mercados Europeos, y con cerrárselos, se les obligaría tal vez a revisar su sistema de trabas y cortapisas a los pro ductos y emigrantes de Europa.

En todo caso, el Estado español podría regular la emigración española a los Estados Unidos, estableciendo un privilegio de prioridad a favor de los emigrantes que deseen entrar en Puerto Rico. Sólo así se evitaría la rápida extinción de la colonia española. El asunto tiene una importancia mucho mayor de lo que parece. No se trata sólo de la suerte de un mercado y de unos cuantos miles de españoles. Es un momento en la lucha de las dos culturas, que ningún Gobierno español debe tomar por lo ligero. Los pueblos no viven sólo al día. Hay que apuntar la flecha hacia el futuro.

La eliminación de los españoles de Puerto Rico podría ser el comienzo de una campaña política de los Estados Unidos. Más tarde se les prohibiría quizás emigrar a los países antillanos y centroamericanos mediatizados por la República del Norte. Y no se diga que estos países, poco poblados aún, necesitan de emigración europea. Sí, la necesitan; pero dentro de poco tiempo habrá un exceso de población en los propios Estados Unidos. Una parte de esa población, si no les sobra aún, les estorba por prejuicios de raza. Son los millones de negros que no han sabido asimilarse y cuyo rápido crecimiento les preocupa hondamente. No sería extraño que a la vuelta de algunas décadas los Estados Unidos empezasen a arrojar sus negros sobre Santo Domingo, sobre Haití, sobre Centro América, sobre las ardientes tierras tropicales que ya controlan y que algún día, como es lo más probable, han de dominar por completo. La población negra norteamericana está perfectamente condicionada para vivir en estos climas. Además, sobre resolver un grave problema racial interno de los Estados Unidos, el traslado de sus negros a la América hispánica representaría un nuevo instrumento de norteamericanización y un beneficio económico. El sostenimiento de los negros norteamericanos en estas regiones de los trópicos sería más barato que en los Estados Unidos. Y su multiplicación sería provechosa, en vez de ser temida.

No sé que esta política norteamericana esté formulada; pero seguramente está pensada. Los norteamericanos no son gentes que gasten pólvora en salvas ni que pregonen lo que van a hacer. Pero a poco que se medite en su evolución internacional, se llegará a esa consecuencia. Necesitan las materias primas de América y los mercados de América para sus elaboraciones industriales. Algún día, acaso no lejano, necesitarán también las tierras de América para su población sobrante. Las más próximas procurarán anexionárselas, como siempre hicieron. A las más distantes querrán enviar la emigración que no quepa dentro del territorio nacional. Para eso hay que detener y eliminar los emigrantes de otros continentes. Reflexiónese lo que esta política significaría para el porvenir de España en América. Lo que está ocurriendo en Puerto Rico con la colonia española no es más que una anticipación.

LUIS ARAQUISTAIN

San Juan, Puerto Rico.
Diciembre de 1926.

Acerca de un compendio de Historia de Chile

Montalbán N.º 11—s/c.

Madrid, 22 de Octubre 1926.

Sr. Joaquín García Monge.

Querido amigo:

Le adjunto las cartas, inéditas, que con motivo de la aparición del tomo VIII—CHILE—, *de la* Historia de la América Española *nos hemos cambiado con su autor, don Carlos Pereyra. Se las envío a usted con verdadero placer porque su Revista es cada vez más interesante y difundida. Me sentiré honrado y satisfecho con su inserción en las páginas del* REPERTORIO.

Ordene a su admirador y amigo q. e. s. m.

E. RODRÍGUEZ MENDOZA.

Madrid, 4 de Setiembre de 1926.

Señor Don
Calos Pereyea
Presente.

Respetado señor y amigo:

Creería faltar a mi deber y borrar de golpe la espontaneidad y la simpatía que me he esforzado en demostrarle desde que tuve el honroso agrado de conocer a usted, si no le diera mi modesta y brevísima opinión sobre el tomo que acaba de dedicar a Chile en su *Historia de la América Española.*

Como todo lo que sale de su pluma fecunda, que labora sin tregua, ese libro es digno de un estudio crítico a que, desgraciadamente, no puedo entregarme en medio de las tareas múltiples que comporta un puesto diplomático.

No tengo, además, al alcance de la mano, todo el material bibliográfico necesario y debo limitarme, pues, a unas cuantas observaciones, la primera de las cuales se basa en el temor de que una obra tan vasta como la Historia de la América Española pueda ser víctima, por lo menos en algunas de sus partes, del deseo, temerario a fuerza de enorme, de dar cima apresurada a una labor que está más allá de las fuerzas de un solo cíclope, aunque éste sea el historiador infatigable que vive una existencia de Tebaida, entregado a su magno programa de trabajo.

Significa tal acumulación de hechos contradictorios, pasiones furibundas, causas y concausas; sucesos que se entrechocan, ese siglo de intenso dramatismo vivido por la América española desde el momento de su disgregación de la Metrópoli, que historiarlo fiel, fría, total, imparcialmente, me parece, insisto, labor superior a la de un hombre.

La igualdad o siquiera la similitud de raza, clima, vida económica, etc. pondrían más al alcance de un solo escritor ese trabajo ilimitado; pero la América, geográficamente enorme, presenta diversidades étnicas y productivas tan evidentes, que necesariamente se reflejan en cada manifestación de la vida general, haciendo poco menos que imposible que el mismo autor, por eminente que sea, que escribe la historia de un pueblo septentrional pueda escribir, máxime sin haberlo conocido y estudiado directamente, la de un país tan peculiar, tan individual como Chile, por ejemplo.

Por las razones que expongo al empezar esta carta, no he de honrarme en este momento haciendo un examen minucioso de su interesante libro.

Con todo, me acusaría siempre del pecado de apocamiento y simulación, si no dijera a Ud., ya que se trata de un libro sobre mi país y aparecido en el mismo sitio de las funciones oficiales que se me han encomendado, que varios de los juicios de esa obra carecen, sino me equivoco y ojalá me equivocara, de esa serenidad inalterable sin la cual hay derecho a temer que no se posea la primera de las altas dignidades de la Historia: la imparcialidad.

¿Le interesa a Ud. saber por qué pienso así?

Pues, porque, en efecto, no creo que sea un testimonio de serenidad hablar de un Prócer como Carrera en los mismos términos, ni más ni menos, en que se aludiría a un Hércules de circo:

«Era—dice Ud.—un atleta sin seso, todo arrojo y vanidad».

Nó, el General Carrera no era eso: su vida fué un largo y grandioso drama, como el de todos los fundadores de países, en que la tragedia no tardaba en opacar con sangre la fortuna tornadiza y fugaz; pero nadie podrá disputarle que fueron sus ideas, temerariamente avanzadas, las que primero derrumbaron políticamente a la Colonia.

¿Ni cómo puede decirse que era «todo audacia para la asonada y todo timidez frente al enemigo», olvidando sus innumerables actos de arrojo; su rudísima campaña de la Pampa argentina; su muerte llena de bizarría impávida y hasta de elegancia, si ésta fuera compatible con el misterio solemne del más allá?

Hablando, a su vez, de O'Higgins, cuyo rol en la Independecia americana es enorme porque sin el dominio del mar por Chile no habría habido Ayacucho, es decir, la jornada definitiva de la Emancipación, dice usted: (Pág. 256).

«Era un verdadero jefe de Estado».

Sin duda: pero en la página inmediata dice Ud. que «O'Higgins no era un Gobernador Presidente del tiempo de la dominación española como su padre el Marqués de Osorno, sino un Fernando VII».

Y, todavía, prosigue, hablando de la «farsa constitucional de O'Higgins».

Creo, por mi parte, que, seguramente, pudo equivocarse; pero que el temple acerado del carácter de aquel gran soldado era absolutamente contrario a las comedias y flexibilidades de la farsa.

«Organizó y moralizó...»—dice Ud. luego, olvidando la afirmación inusitada de la página 257.

«Fué—agrega—un constructor como su padre el Virrey O'Higgins; pero afirma, casi a renglón seguido, al hablar de no sé cual de sus actos, «que dió en esa ocasión la medida de la incapacidad política», etc.

¿Es justo hablar de la incapacidad de los hombres que sin elementos de ninguna especie sacaban y organizaban de la nada países independientes?

¿Podía pedirse en aquel entonces experiencia previa para el acertado moldeo político de una nacionalidad nueva a los que sólo tenían entre sus manos los materiales dispersos y amorfos dejados por la Colonia al caer?

Avanzando hasta nuestros días, llega usted a sucesos de tal manera recientes que me inclinan a recordar que la Historia no se ha escrito jamás junto con el desarrollo mismo de los acontecimientos.

Yo no creo de ninguna manera que su libro exteriorice malquerencia contra Chile, lo que no correspondería a la idea que entre nosotros se tiene de México, gran país.

Me inclino, más bien, a pensar, como decía al comienzo, que escribir la Historia de toda la América española con un conocimiento total del ambiente y peculiaridades de cada región, está más allá de las fuerzas y del tiempo de que puede disponer un hombre, por más que éste sea un escritor eminente.

No son estas líneas la manifestación de un patriotismo exhuberante y combativo. No. He meditado antes de escribirlas y si las he trazado, es porque estoy cierto de que Ud., en mi caso, habría procedido lo mismo.

Con sentimientos de su consideración más distinguida, le estrecha la mano su affmo. S. S. z A.

E. RODRÍGUEZ MENDOZA.

Madrid, a 10 de setiembre de 1926.

Señor don Emilio Rodríguez Mendoza

Respetable señor y amigo:

He recibido una carta de usted, llena de bondad y talento. La pluma ágil del escritor sabe decir cuanto quiere, y decirlo con gracia, siendo quien la maneja un diplomático. Suavemente pronuncia usted mi descalificación para escribir sobre asuntos de Chile. Entiende usted que son infranqueables las distancias entre antecos. A esta imcompresión general, debe sumarse la del que nunca ha tenido la fortuna y la dicha de pisar la tierra chilena.

No se anticipa usted a mí juzgando mis deficiencias. Pero otras son las que lamento, y no las de la lejanía geográfica, que me parecen ilusorias. Después hablaré de esto, y paso a tratar los asuntos concretos que usted toca.

La primera de las acusaciones de usted se refiere a don Juan José Carrera. O más bien, no se refiere a él. Por los términos de la carta de usted, entiendo que usted ha pensado que yo hablo de don José Miguel. Refiriéndose usted al general Carrera, y yo a su hermano, las palabras en que me niega usted «la primera de las altas dignidades de la historia», no se aplican al caso.

Dice usted: «no creo que sea un testimonio de serenidad hablar de un Prócer como Carrera en los mismos términos, ni más ni menos, en que se aludiría a un Hércules de circo.»

Y cita usted mis palabras: «Era un atleta sin seso, todo arrojo y vanidad.»

Yo no digo José Miguel. Digo: «Juan José, sargento mayor de los Granaderos residentes en Santiago, era un atleta sin seso, todo vanidad y arrojo.»

Deshecha esta confusión, nada tendría que añadir, pero debo patentizar que presento datos objetivos, sin recargar las sombras. Don Miguel Luis Amunátegui, simpatizador de los Carreras, escribe: «Don Juan José era el primogénito por la edad; pero estaba muy distante de ser el primero de sus hermanos por las dotes del espíritu. Parecía que lo que faltaba al desenvolvimiento de su inteligencia, se había compensado por el extraordinario desarrollo de sus fuerzas corporales. Tenía la contextura y el vigor de un atleta, y hacía pruebas que los hércules le habrían admirado. Sujetaba un carruaje tirado por una robusta mula, tomándolo de la trasera con la mano, y levantaba en el aire una media docena de fusiles, agarrándolos por las puntas de las bayonetas. Pero su fuerza y su valor

eran las únicas calidades que podían estimarse en él. Era pretencioso sin talento, puntilloso hasta el extremo; tenía vanidad y tenía envidia. Cualquier hombre algo diestro, picándole sus malas pasiones, podía convertirle en instrumento, y hacerle obrar contra su propia conveniencia. «Todavía adelante insiste Amunátegui: «Para remate, Carrera—Don José Miguel—, hallaba obstáculos en su propia familia. Su padre era un anciano débil, a quien espantaba la política impetuosa y demasiado revolucionaria de su hijo. Su hermano Don Juan José le tenía envidia. No sobrellevaba con paciencia una superioridad tan abrumadora. En más de una ocasión fué juguete de los enemigos de su familia, y apoyó las intrigas que se tramaban contra Don José Miguel.»

No soy injusto para éste. Hablando del afianzamiento de su poder, después de la prisión de Ortiz de Rozas, digo: «Carrera consideró que con victorias de un género tan poco heroico y de significación completamente negativa en el orden político, su ascendiente no tendría consistencia si tales ventajas no iban acompañadas de medidas revolucionarias. El congreso que él disolvió en diciembre del año anterior, había declarado libres a los hijos de los esclavos, y prohibió para siempre en el suelo de Chile el comercio de negros. Carrera mandó abrir escuelas gratuitas en todos los conventos. Y dando un paso más en el sentido de la independencia, todavía no declarada, inició la formación de un precepto que castigaba como traidor a todo el que reconociese providencias emanadas de una autoridad pública residente fuera del territorio [nacional. A mayor abundamiento, la *Aurora*, periódico cuyo primer número se estampó el día trece de febrero de mil ochocientos trece, en una imprenta recien llegada de los Estados Unidos, reclamó que se declarase de un modo expreso la independencia. El jefe de la situación, creyendo más elocuentes los objetos que las palabras, substituyó los colores de España por los de una bandera nacional. Camilo Enríquez con su prosa, y Carrera con sus actos, hicieron en cierto modo definitiva la separación.» Creo que en este pasaje puedo halagarme de estar de acuerdo con usted, y aún de haber dicho para la glorificación de Carrera algo que usted por brevedad omite en su carta.

Militarmente no le regateo los méritos por su campaña contra Don Antonio Pareja. Menciono la ventaja alcanzada en Hierbas Buenas, así como la toma de Comcepción y la de Talcahuano. No consigno censuras, como lo hacen otros, por haber levantado el sitio de Chillán.

Carrera quedó desconceptuado poco después, y se levantó la figura militar de O'Higgins, cuya superioridad pudo destacarse más cada día con méritos positivos.

Los dos rivales se unieron para hacer frente a Osorio, y durante las operaciones de Rancagua, mientras O'Higgins llegó a las cumbres de lo épico, Carrera perdió más todavía en la opinión de los independientes.

Escribe usted: «¿Ni cómo puede decirse que (Carrera) era todo audacia para la asonada y todo timidez frente al enemigo...?»

No soy yo quien hace esa acusación a Carrera.

Véamos la página 227 de mi libro:

La emigración chilena llevaba muchos temas de meditación sobre las faltas cometidas durante los cuatro años de la *Patria Vieja*, pero no la animaba un pensamiento común. Los impugnadores del Tratado de Lircay atribuían todas las desgracias ocurridas en aquellos días, a la celebración del pacto funesto. En cambio, los partidarios de O'Higgins declaraban que Carrera, todo audacia para la asonada y todo timidez frente al enemigo, era el culpable de la derrota. El despecho formuló una suposición que fué recibida como explicación indiscutible de la catástrofe. Carrera se había propuesto, por un plan de perfidia deliberada, perder a O'Higgins, y lo abandonó para que se lo tragaran las llamas del incendio de Rancagua. Esta afirmación monstruosa implicaba que el general hubiera querido ver perdido con O'Higgins, a su propio hermano Juan José. Los enemigos del agitador no aceptaban la más sencilla y verosímil de las explicaciones, como era la de su flagrante incapacidad para la sucesión complicadísima de las maniobras de auxilio, que no sólo requería un jefe de gran pericia, sino una tropa veterana y una oficialidad experta.»

Después me acusa usted por el capítulo de O'Higgins. Parece que mis palabras llamándole un Fernando VII, significan que le tengo en el concepto de hombre vil. Pero si se sirve usted pasar la vista por el pasaje incriminado, no podrá menos de reconocer que yo me refiero a la suma de facultades reunidas en la persona del organizador de Chile. «O'Higgins era un verdadero jefe de Estado... Se fabricó el texto que necesitaba el Director, se llenó el trámite de firmas de adhesión popular, y se dió por constituida la República. O'Higgins no era un gobernador presidente del tiempo de la dominación española, como su padre el Marqués de Osorno, sino un Fernando VII.»

¿La farsa constitucional? Substituyamos la insustituible palabra, que no puede apartarse de la política. Al determinar el hecho, menos rudamente que otros escritores, yo no lo condeno. Muy al contrario: «la farsa constitucional de O'Higgins se mantuvo, porque era el mejor gobierno posible de la perturbación del cambio de régimen. No hay constituciones malas con hombres buenos, y O'Higgins, durante censurado entonces, no hubiera tenido sustituto posible en aquellos días. Organizó y moralizó. Sin contar con recursos, procuró el fomento de la abandonada riqueza y el adelanto de la cultura.»

No creo que alguien haya dicho más en tan pocas palabras, en justo elogio de O'Higgins.

Recibí de manos de usted, señor Ministro, un hermoso libro de propaganda oficial, autorizado por doce escritores que a sus méritos añaden la inapreciable ventaja de haber nacido en el país que dan a conocer. En la página 57 de ese libro (*Chile—Geografía económica—1923*), leo: «El gobierno del general O'Higgins, aunque rodeado aparentemente de instituciones constitucionales, fué una dictadura militar...» Y en la misma página: «Entre tanto, la rudeza militar de O'Higgins, y las arbitrariedades que cometió, hicieron odioso su gobierno.»

Yo me aparto de estos compatriotas de usted en dos puntos. No creo que la dictadura de O'Higgins pueda llamarse militar, puesto que sus tendencias eran exclusivamente civiles. Y digo además, que si se le odió, no hay derecho para calificar de odioso su gobierno. Sigo a Barros Arana juzgando que no obstante las faltas de O'Higgins y los actos crueles que la necesidad política le impuso, gobernó con moderación y templanza, administró con economía los escasos caudales públicos y ejecutó verdaderos prodigios con recursos mezquinos.

En un movimiento de la más noble ecuanimidad, y haciendo un ademán amistoso, que me deja obligado, se sirve usted manifestarme que mi libro no exterioriza malquerencia alguna contra Chile.

Este sufragio de una persona tan caracterizada como usted, por su elevadísima posición oficial y por los relevantes méritos a que la debe, me compensa en la condenación global pronunciada. A las circunstancias atenuantes que usted alega en favor mío, yo podría añadir otra.

He acometido una empresa temeraria por el imperio de las exigencias profesionales. Pero no solicitaré así la benignidad pública, pues tal empresa no me parece imposible. Si yo creyera esto último, habría evitado medio tan duro de ganar el sustento, consumando a la vez un engaño, no menos innoble que el recurso de explotar las diez y ocho percalinas patrióticas, o cinco, o dos de ellas, o una sola, que no es necesario más para ganar una fortuna, como político, apóstol o tribuno de lazos fraternales.

Escondido en un rincón, procuro hacerme cargo de las cosas. No siempre lo consigo. Pero esto depende sólo de mis limitaciones. El hecho de ver o no ver con los propios ojos un país, no impide conocerlo. Entiendo que cierta distancia favorece a la perspectiva, y más aún, la independencia. Dicen que en Méjico se trató de hacer algo bara honrar la memoria de Bello, y que una voz chilena se levantó impidiendo aquel homenaje. Después, con gran resonancia, esa misma voz ha insistido para que la figura del inmenso civilizador quede en la categoría vulgar, llamándole «el gramático Bello». Creo que nadie me ha acompañado al señalar esta manifestación ridícula, favorecida por una corriente de insensatez.

Y viendo el asunto bajo otro aspecto, me permitirá usted que cite un caso personal, puesto que estoy en el banquillo, sobre la posibilidad que existe de conocer un país y entrar en su ambiente sin haberle visto jamás. El eminente historiador brasileño Oliveira Lima, en su viaje a la República Argentina, presenta dos interpretaciones que yo he dado acerca del factor geográfico para determinar el fenómeno de la anarquía. (*Na Argentina* - impressoes - 1918-19, págs. 19 y 63).

El desenvolvimiento de Chile, por tratarse de un pueblo tan individual, como usted acertadamente dice, es menos complicado que el de cualquiera otro de los paises americanos, y el estudio se facilita más aún por el excelente repertorio histórico que ustedes poseen. El que lee la historia de Chile se siente llevado de la mano por los grandes investigadores y compiladores. Culpa habrá sido mía no utilizar tan ricos materiales. Otro hombre, bien dotado y con tiempo, escribiría una excelente historia de Chile, sin salir de Europa. Yo, falto de años por delante para colegir, de espacio para desarrollar la materia, y de habilidad para darle encanto, he hecho el mal compendio o resumen a que usted se refiere.

Pretendo alcanzar el grado de exactitud que me permite mi pobre capacidad, y deseo por lo mismo aprovechar modestamente todas las enseñanzas con que sea favorecido, agradeciéndolas.

Ruego o usted que acepte los testimonios de amistad y consideración de su afectísimo y devoto S. S. q. l. e. l. m.

CARLOS PEREYRA.

Página lírica

de Luis Vidales

=Del tomo *Suenan timbres*.—Poemas. Bogotá. 1926.=

La ley de la atracción

Esta atracción universal
que me tiene sujeto
a la tierra...

Ah! pero algún día
vas a lograr —oh! sabio—
dominar esa fuerza misteriosa
—grave sobre mis hombros—
y entonces
ya no estaré pegado a la Tierra
y podré irme
hacia los canales azules de Marte
o hasta Saturno
—a montar en su rueda de luz—
o hasta Urano triste
o hasta Neptuno esquivo.

Me acompañarás entonces
oh! dulce niña?
Iremos lejos
lejos.
Y si nos coge la noche
nos quedaremos a dormir
en un pequeño pueblo de la Luna.

La música

En el rincón
oscuro del café
la orquesta
es un extraño surtidor.
La música se riega
sobre las cabelleras.
Pasa largamente
por la nuca
de los borrachos dormidos.
Recorre las aristas de los cuadros
ambula por las patas
de los asientos
y de las mesas
y gesticulante
y quebrada
va pasando a rachas
por el aire turbio.
En mi plato
sube por el pastel desamparado
y lo recorre
como lo recorrería
una mosca.
Intonsamente
da vueltas en un botón
de mi d'orsey.
Luego—desbordada—
se expande en el ambiente.
Entonces todo es más amplio
y como sin orillas...
Por fin
desciende la marea
y quedan
cada vez más lejanas
más lejanas
unas islas de temblor
en el aire.

Cuadrito de movimiento

Estoy en la ventana.
Pequeñito
el paisaje soporta encima
todo el enorme peso de la lejanía.
Oh! si dan ganas
de domesticar el paisaje
y amaestrarlo con docilidad
hasta que se le pueda poner un marco
y así
—completamente civilizado—
tenerlo colgado en la biblioteca.
Y entonces—
mientras yo leyera el libro nuevo
sentado en el sillón giratorio—
resultaría sumamente agradable
alzar la vista de improviso
y ver que en el cuadrito llovía—
o hacía sol—o hacía viento—
o empezaban a salir las primeras estrellas.

En la noche tan clara...

En la noche clara
a la hora en que la luz palpita en el aire
como el reflejo de un gran lago azul
qué elación
qué agilidad tan dulce en todas las cosas
qué imprecisa invitación a lo aéreo
tan honda!

Yo iba a soliviar el mundo
a botarlo al espacio
y ver
—húmedo—
—abajo—
el hueco ¡el hueco!
¡la descomunal cuenca de ojo!

Vi el silencioso hosco
                    salvaje
—oh! el monstruo de mil pupilas—
pasar serenamente
                    salpicado de astros.

Vi el viento
de largo cuello dúctil
brincar por entre las arboledas verdes
o enredar su elástica cola de los árboles.

Y vi la estrella
bajar por el meridiano
como una araña
colgada
de
su
hilo.

Paisaje en la noche

El lago dejó de andar a través de cielos fugitivos
y se durmió en los brazos de la ribera terrestre.
La noche produjo la sensación de una gran cosa tapada
hermética para los oídos y los ojos.
Uno a uno
los árboles se disolvieron en el aire.

Los sapos—inflados
y verdes como repujados en cobre rumboso—
abiertas las patas aferradas—
cantaban con la noche a cuestas.
Cuando la oscuridad había soltado toda su tinta
—en el fondo negro—
pude ver el viento ventrudo
que venía boca abajo
y se ahorcaba de los árboles
o pasaba estirado sobre sus piernas fluídas
como un ahogado.
Y entonces—tal vez como nunca volveré a presentirlo—
bajo la oscuridad se hizo todo más claro.
Los sapos—de ojos de vidrio—parpadeaban aún.
Vi pasar su orquestación
en ligeras sombras verdes.
Y—en medio de aquel mundo prodigioso—
todos mis gritos se aglomeraron en la plaza del alma
y liberté uno
y era el grito del sueño
y se perdió en la inmensidad
con su leve sombra rosada.

Super-ciencia

Por medio de los microscopios
los microbios
observan a los sabios.

Auto-semblanza

Que no sea auto-semblanza—
Señor
Tú lo sabes.
Que mi alma retozona
se me caiga a los pies
o me haga cosquillas
en la punta de la nariz
o se la pase todo el día
jugando con un botón de mi americana—
yo digo—Señor—
¿qué puede eso
interesarle a alguien?
Desde que tú—Señor—
me enviaste a hacer este largo mandado
por el mundo
yo voy muy alegre
y
¡qué caramba!
también orgulloso
porque sé discernir
que si llevo un corazón en el pecho
fué porque tú me condecoraste.
Cómo te he agradecido
estos jugueticos fantasmagóricos
de cuerda consecutiva
que nos diste
para los ratos desocupados.
Nosotros les hemos puesto un nombre muy bonito.
Los llamamos MUJERES
y están contentos con nosotros.
Pero díme
¿no pudieras mandar uno para mí
—para mí solo—
que tuviera ruedecitas
y una cuerda bien larga
para hablar de cosas razonables?
Qué lindo sería mi juguetico.
Cómo retozaríamos.
Cómo haríamos picardías.
Y en los ratos serios
yo le contaría las cosas
que ni tú mismo sabes.
Le diría
que los caminos andan de noche.
Que las voces
son las manchas del silencio.
Que los espejos viven muertos de sueño.
Y cuando las nubes se pusieran tristes
nos asomaríamos a las rejas de la lluvia
a mirar como los rayos hacen

Zig
Zag.

Y para entonces—por fin!—
yo me pondría a traducir
la taquigrafía de los rayos.

Al servicio del ideal

(Viene de la página 184).

El arte de la declamación según los moldes clásicos, es frío y tiene ritos que no es lícito violar. La dicción correcta en castellano de España, o la elegante interpretación que hacen en la escena francesa de las páginas maestras de sus poetas, no pueden servir en este caso para establecer parangón.

Esta artista como Paulowa, de sangre eslava, ha sido besada desde niña por el sol de nuestra América y no obedece a ninguna ley ni derrotero, sino al capricho de su idea, al molde de sus visiones interiores. El Pegaso de sus vuelos favoritos es personal e indómito como un potro de las pampas.

El verso brota de su garganta como catarata de oro deslumbrante, y los vocablos lentos, acentuados, distintos como monedas que salen del troquel, o ligados unos a los otros y a veces confusos para lograr el efecto deseado, unidos como con un hilo flexible, con un soplo que acaricia o con un rayo de luz que cabrillea en un conjunto de estrellas, pero siempre sumisos al designio del genio creador y a la voluntad amorosa de la mujer evocadora.

Ella entorna los ojos, abre los brazos con gesto trágico y amplio o los recoge sobre el pecho como una vestal antigua. Está la intérprete en ese minuto, entregada, poseída, magnetizada por el Dios de la poesía, transfigurada, como en los buenos tiempos de Grecia, en una extraña y original sacerdotisa del ideal.

ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS.

San José, Costa Rica. Marzo, 1927.

Actividades yanquis en el Caribe, 1898-1927

Cuadro tomado de *The New Republic*. New York, enero 26 de 1927

País	Relaciones políticas con los Estados Unidos	Intervenciones militares	Inversiones de capital yanqui calculadas en millones de dólares	Formas del control yanqui para asegurarse el pago(1)
CUBA Del tamaño de Pennsylvania Población: 3.400,000	De hecho, un Protectorado 1901...	1998-1902, 1906-1909, 1912,1917	1899, Total, 50 1909 » 141 1920 » 400 1925, préstamos al gobierno: 110 Otros haberes: 1250 Total, 1.360	
PANAMÁ Del tamaño de Carolina del Sur y Delaware. Población: 440,000	De hecho, un Protectorado 1903...	1908,1912, 1917,1918 1921	1925 préstamos al gobierno: 6 Otros haberes: 16 Total, 22	
REPÚBLICA DOMINICANA Del tamaño de Vermont, Nueva Hampshire y Rodhe Island. Población: 890,000	De hecho, un Protectorado 1905...	1903,1904, 1913,1914, 1916-1924	1925, préstamos al gobierno: 15	Un Receptor Gral. de Aduanas, nombrado por el Presidente de los Estados Unidos.
NICARAGUA Tan grande como Carolina del Norte. Población: 630,000	De hecho, un Protectorado 1912...	1899,1907, 1910,1912-1925 1926,1927...	1925, préstamos al gobierno: 3 Otros haberes: 13 Total, 16	Una Alta Comisión de tres miembros, designados por el Presidente de los Estados Unidos y en representación del Departamento de Estado, de los Tenedores yanquis de bonos y de Nicaragua, junto con el Recolector yanqui de las Aduanas.
HAITÍ Del tamaño de Vermont y Rodhe Island. Población: 2.040,000	De hecho, un Protectorado 1915...	1915...	1925, préstamos al gobierno: 17 Otros haberes: 6 Total, 23	Un alto Comisionado militar yanqui, un Receptor Gral. yanqui de Aduanas y un Asesor financiero yanqui, nombrados por el Presidente de Haití y por indicación del Presidente de los Estados Unidos.
EL SALVADOR Tan pequeño como New Jersey. Población. 1.600,000	Independiente		1925, préstamos al gobierno: 6 Otros haberes: 11 Total, 17	Un Recolector yanqui de Aduanas, señalado por una Corporación yanqui, con la aprobación del Departamento de Estado.
MÉXICO Del tamaño de Ohio, Indiana, Illinois, Wisconsin, Michigan, Minnesota, Iowa, Missouri, Dakota Norte, Dakota Sur, Nebraska, Kansas, Vermont y Connecticut. Población: 14.200,000	Independiente	1914,1916	1889, Total, 185 1912 » 700 1925, préstamos al gobierno: 60 Otros haberes: 1258 Total, 1318	
GUATEMALA Poco mayor que Nueva York. Población: 2.100,000	Independiente		1925, Total, 50	
HONDURAS Poco menor que Nueva York. Población: 770,000	Independiente	1907,1910, 1911,1919, 1924,1925	1920, Total, 18 1925 » 40	
COSTA RICA Del tamaño de Vermont, Nueva Hampshire y Connecticut. Población: 500,000	Independiente	1919 (*)	1925, préstamos al gobierno: 2 Total, 20-30	
COLOMBIA Del tamaño de los trece Estados primitivos, más Florida. Población: 6.600,000	Independiente	1903	1912, Total, 3 1920 » 30 1925. préstamos al gobierno: 17 Otros haberes: 70 Total, 87	
VENEZUELA Del tamaño de Texas, Kentucky y Tennessee. Población: 3.000,000	Independiente		1912, Total, 3 1920 » 40 1925 » 75	

(*) Este dato es falso. Lo cierto es que estuvo a punto de haberla. *(N. del E. del* REPERTORIO AMERICANO).

(1) Las cifras se han tomado especialmente de la obra Robert W. Dunn: *American Foreign Investments* (New York, 1926) y de las fuentes en ella citadas.

A Ud., Estadista previsor y vigilante de estas patrias: a Ud., escritor valeroso, pensador preocupado de nuestros poblemas: lo invitamos a que escriba las reflexiones que este cuadro le sugiera y a que nos las remita para darles publicidad en el *Rep. Am.*

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica